

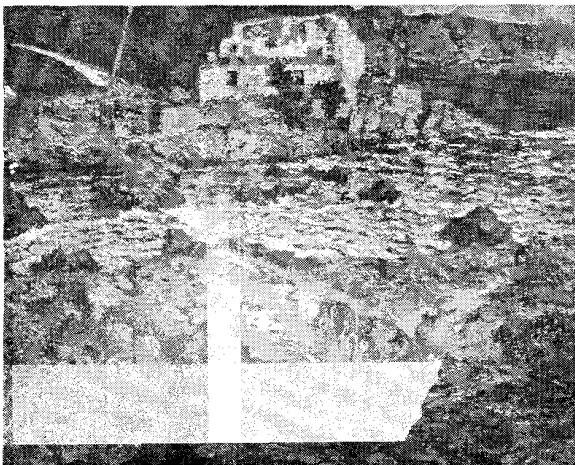
RESIDENCIA Y OCIO AL BORDE DEL MEDITERRÁNEO

VEINTE AÑOS DE ARQUITECTURA EN EL LITORAL CATALÁN

Julio GARNICA

Las costas siempre fueron más del mar que de la tierra, y el mar, durante siglos, acumuló tal cantidad de catástrofes, reales o imaginadas, que nadie quiso asomarse a él. Tempestades, naufragios e invasiones; monstruos, epidemias y maldiciones, mantuvieron aisladas las orillas, habitadas tan sólo por un puñado de esforzados pescadores. Sin embargo, en Europa, a partir del siglo XVIII y de la mano de los románticos, las riberas se transforman, primero, en el mirador privilegiado, en la atalaya más exquisita, desde la que contemplar cómo el vacío infinito del mar se vuelve emoción, para convertirse, a continuación, y a lo largo del siglo XIX, en el ámbito de curación escogido como laboratorio por los higienistas, donde aplican las nuevas terapias y sensaciones acuáticas, bien alejadas del humo y del carbón que minan la salud de las capitales cada vez más industrializadas. Con el siglo XX las playas cristalizan, finalmente, en el escenario idóneo para el ocio, el deporte y el desarrollo de una intensa vida social, protagonizada primero por la aristocracia, pero generalizada en pocos años a la casi totalidad de

Julio Garnica es arquitecto, alumno del Programa Teoría i Història de l'Arquitectura del Departament de Composició Arquitectònica, UPC



Mar Latino. N. Raurich, 1906

Hostal La Gavina, S'Agaró

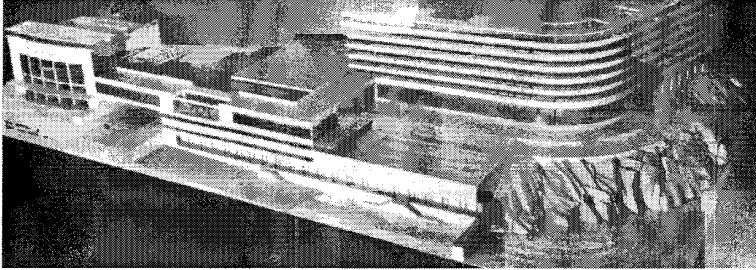


1 Corbin, Alain. *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa*. Ed. Mondadori, 1993

la población, gracias a las conquistas sucesivas del fin de semana, las vacaciones pagadas y el transporte individual.¹

En Cataluña, en las primeras décadas del siglo, el veraneo sigue siendo un privilegio de la alta burguesía, administrado según el programa noucentista al uso, que confía en la modernización a través de la recuperación de las esencias nacionales. La Costa Brava —término acuñado en 1908 por el periodista Ferran Agulló— asiste a la proliferación de jardines como los de Santa Clotilde, en Lloret de Mar, realizados por N. M. Rubió i Tudurí en 1919, o urbanizaciones como las de S'Agaró, proyectada en Santa Cristina d'Aro por R. Masó en 1923 y prolongada, hasta los años cincuenta, a cargo de F. Folguera. Al borde del Mediterráneo, referencia imprescindible del *noucentisme*, crecen jardines de trazado renacentista y esculturas clásicas, o colonias de veraneo: villas, hostales, paseos... Las formas populares —arcos, aleros, porches— y los episodios arqueológicos —columnas, capiteles— dan forma al sueño de un descanso asomado a un paisaje cautivador, estableciendo un modelo que se extiende en otros rincones cercanos de la Costa Brava. Sin embargo, todavía es el sueño de unos pocos: hasta 1929, por ejemplo, no entra en funcionamiento la línea de autobús S'Agaró-Barcelona.

La ciudad de Barcelona sufre estos años, precisamente, un fuerte aumento de población y pronto «es necesario organizar el reposo de las masas». En las páginas de la revista A.C. el grupo de arquitectos del G.A.T.C.P.A.C., liderados por J. L. Sert, abraza la vanguardia arquitectónica: las posibilidades técnicas, constructivas y plásticas de la nueva arquitectura prometen extender a capas más amplias de la sociedad los placeres de las estancias al borde del mar, ya sea en poblados de veraneo, casitas desmontables, o ciudades de reposo y vacaciones. La mayoría de las propuestas, sin embargo, sufren las consecuencias de un tiempo revuelto y agitado, y sólo las casas de fin de semana en



Poblado de veraneo en un pueblo de Levante, 1929. Vista de la maqueta

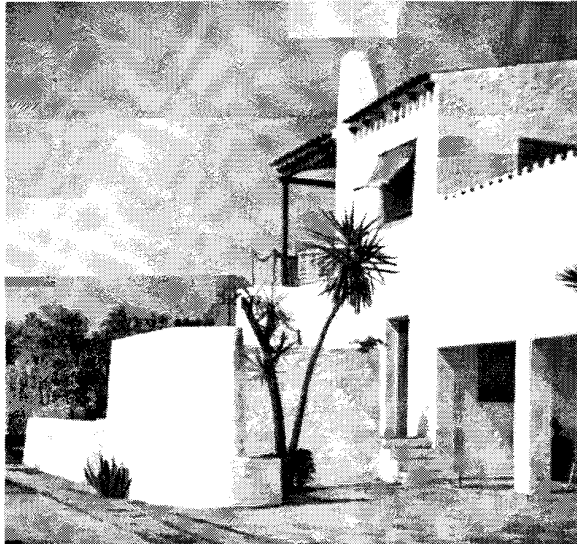


Casas de fin de semana en El Garraf, 1935.
Vista exterior

el Garraf —construidas en 1935 en unos terrenos de la madre de J. L. Sert— se llevan a cabo, según «una arquitectura moderna de raíces mediterráneas» donde la distribución *existenzminimum* se combina con el zócalo y los bancales de piedra natural, la fachada encajada, o las ánforas, los muebles de mimbre y los cestos de paja.

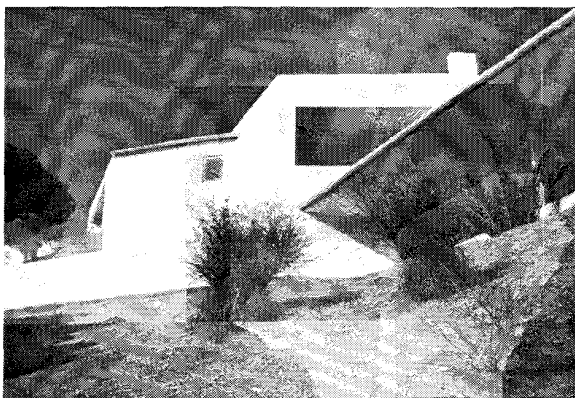
La Guerra Civil estalla e interrumpe este proceso de generalización del ocio y el descanso durante una larga posguerra que dura una década oscura. Los inviernos congelan un pasado de horror: en un país de cartillas de racionamiento los sueños son pocos, muy concretos, y tampoco llegan a buen fin. En 1946, J. A. Coderch presenta al alcalde de Sitges un proyecto de urbanización en el sector de Las Forcas, fruto de la efervescencia social, cultural y turística que despierta en la localidad. Entre el turismo y la ideología, el arquitecto proyecta una ciudad de vacaciones supuestamente capaz de albergar viviendas para pescadores, intelectuales y artistas o millonarios llegados de cualquier lugar del mundo, pero que no se llegará a construir.

En los primeros años cincuenta España, que todavía es un país pobre con la herida abierta de la Guerra Civil, restablece lentamente sus deterioradas relaciones exteriores: en 1951 regresan a Madrid los embajadores de Estados Unidos y Gran Bretaña —el mismo año que se crea, por cierto, el Ministerio de Información y Turismo—, en 1953 se firman los acuerdos bilaterales con E.E.U.U. —que van a suponer el establecimiento en firme de contratos económicos y políticos con la potencia mundial—, y finalmente el país ingresa en la ONU en 1955. Mientras todo esto ocurre, en la biblioteca del Colegio de Arquitectos, en Barcelona, se regulariza la recepción de muchas de las revistas que se publican en el extranjero, que a partir de ahora comparten estantería con *Cuadernos de Arquitectura*, la publicación oficial del Colegio, que también refleja ya un tiempo distinto a la posguerra. Las portadas de los primeros números, de color crema, pulcro ribete y caligrafía precisa, son modificadas poco a poco mediante la incorporación de imágenes, primero en blanco y negro, y luego a color. Imágenes que, con frecuencia, corresponden a «chalets» al borde del mar.



Casa Pérez Mañanet. Vista exterior

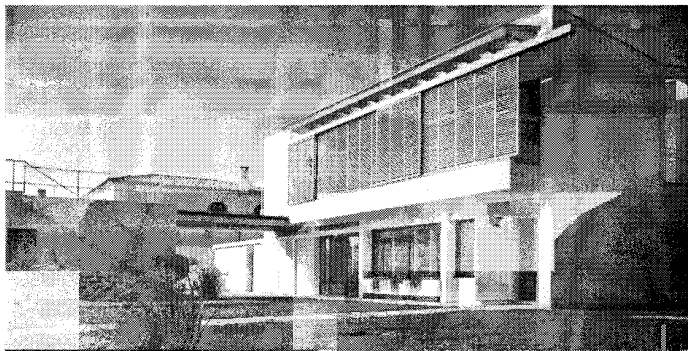
Casa Ugalde. Vista exterior



IDILIOS PERSONALES

Durante los cincuenta el estreno profesional para muchos arquitectos recién titulados es el encargo de una vivienda unifamiliar, destinada a una burguesía ascendente que escoge para su descanso los lugares del veraneo tradicional de playa. El arquitecto administra entonces al cliente un Mediterráneo con dosis variables de arquitectura popular, «California», o realismo. La dedicación y el esfuerzo empleados en estos encargos los convierten, en más de una ocasión y pese a su reducida dimensión en un escaparate de la arquitectura española en el panorama arquitectónico internacional, sensible durante estos años a la exaltación de la *house*, un pequeño universo convertido en el refugio desde el que sacudir el horror de las guerras recientes.

Cuadernos, por tanto, recoge puntualmente, desde sus primeros números, las viviendas unifamiliares proyectadas por J. A. Coderch, junto a su socio Manuel Valls, en la localidad de Sitges, de la que es arquitecto municipal desde 1941. Un laboratorio doméstico en el que destilan un prototipo unifamiliar a medio camino entre los caprichos del cliente y la racionalidad de la planta, donde la contención formal, la distribución sin cruces o la separación entre el estar y el comedor se mezclan con la cubierta de teja árabe, el revoco blanco y la vegetación mediterránea, en un diálogo entre patios, porches y pérgolas, toldos a rayas y cortinas, pinos y palmeras, barcas y remos. Las casas Pérez Mañanet, Garriga Nogués, Mirabent, Dionisi... en Sitges, o la Casa Ugalde, en Caldes d'Estrac, divulgada ampliamente en la prensa extranjera, conjuran el sufrimiento —y quizás, alguna mala conciencia— de la contienda civil tras la transparencia sutil de la persiana de librillo, paradigma de elemento atemporal acorde con el gusto moderno.



Casa Agustí. Vista exterior

J. M. Sostres, por su parte, escéptico frente a lo que pueda ser «un tema de arquitectura mediterránea» —nacido en La Seu d'Urgell, es desde 1946 arquitecto municipal de Bellver de la Cerdanya, en los Pirineos—condensa en la casa para el escritor I. Agustí, proyectada en 1953, también en Sitges, un momento de la investigación personal, a la que dedicará su carrera, acerca de la situación del Estilo Internacional. Sostres convoca en su tablero a los Neutra, Gropius, Breuer, que justamente estos años consolidan en la costa Oeste de los Estados Unidos el encuentro entre tradición wrightiana y vanguardia europea de entreguerras.

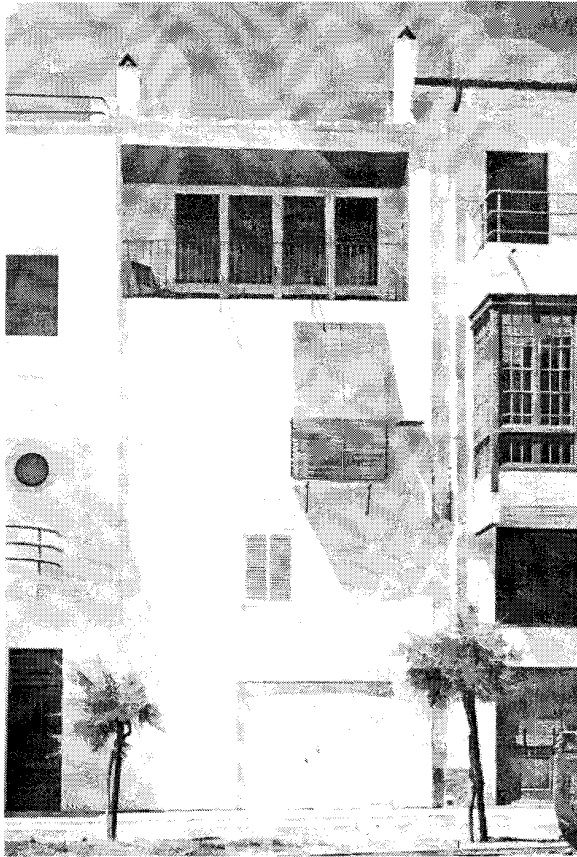
Las imágenes que empiezan a llegar del cine, la arquitectura americana expuesta en el Palau de la Virreina, en Barcelona o las noticias de las Case Study del *Art&Architecture* de J. Entenza, alimentan una arquitectura embelesada en las «holiday house»: los proyectos más acabados de Coderch —casa Catasús o casa Gili—, la Casa Pérez del Pulgar, proyectada en Cadaqués por F. J. Barba Corsini, el chalet de Sta. Cristina d'Aro, de Fargas y Tous, comparten el mismo repertorio de transparencias, voladizos, cubiertas ligeras sobre pilarines metálicos...

Mientras tanto, en el país, el reconocimiento internacional al régimen de Franco es contestado con la



Casa Pérez del Pulgar. Vista exterior

organización de las primeras protestas sindicales y estudiantiles. Las huelga del transporte, iniciada en Barcelona en 1951, seguida de las de Bilbao, San Sebastián, Pamplona y Madrid, las huelgas de la minería asturiana o la repetida suspensión de las clases en la Universidad, canalizan el rechazo a una dictadura en el poder que es incapaz de cicatrizar un pasado de horror. En Cataluña, a finales de los cincuenta, la *gauche divine* protagoniza una protesta mucho más sofisticada, al adoptar una serie de libertades personales —en las costumbres, los usos, la forma de relacionarse, la moda, los horarios...— que encuentra en la localidad de Cadaqués, colonia de artistas e intelectuales desde los años treinta, uno de sus escenarios preferidos.



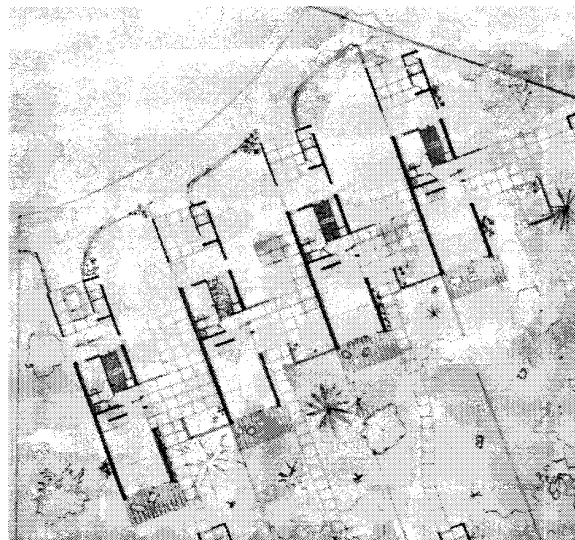
Casa Villavechia. Vista exterior

F. Correa y A. Milà reforman durante estos años algunas de las antiguas casas de pescadores de Cadaqués, como aquellas que había recogido —en los momentos más duros de una posguerra que se va alejando lentamente— el plan de Mejoramiento de la Dirección General de Arquitectura dirigido por Pedro Muguruza. En estas reformas conservan casi siempre las fachadas existentes —excepto cuando el programa exige invertir la distribución original para situar la zona de estar en el último piso, asomado a la bahía— combinando los materiales al alcance en soluciones legibles. La casa Villavechia, de 1956, ni folclórica ni moderna, o la propia Casa Correa, de 1963, con su especial distribución, se convierten en el escenario para reuniones, *parties* y debates que duran hasta el amanecer, entre muros encalados, ventanucos a la calle, vigas hechas con troncos... Las antiguas casitas de pescadores se convierten así en el lugar de reunión de un heterogéneo grupo de arquitectos, fotógrafos, escritores, cantantes... que transforman, entre la diversión y la conspiración, una ideología en origen de izquierdas, en la manifestación cultural de cierta libertad individual, con el telón de fondo de un mar al que pocos años después J. M. Serrat, quién sabe si recordando alguna de aquellas veladas, cantaba: «soy cantor, soy embustero, me gusta el juego y el vino tengo alma de marinero. ¿Qué le voy a hacer si yo nací en el Mediterráneo?».

PROPUESTAS COLECTIVAS

Desde la segunda mitad de los cincuenta, en cualquier caso, se vienen acumulando los síntomas para una «modernización»: empiezan las emisiones de Televisión Española, los tecnócratas del Opus Dei sustituyen a los falangistas en el gobierno y se aprueba el Plan de Estabilización de 1959. Una década convulsa desemboca sin remedio en los «felices 60», que asiste a los sucesivos Planes de Desarrollo: la realidad socioeconómica del país se adapta al modelo capitalista, en el que el fenómeno del turismo va a tener un papel decisivo, ante la llegada masiva a la costa de turistas extranjeros, atraídos por el paisaje y el clima privilegiados —y también por la relación ventajosa de su moneda con la peseta— y el desplazamiento generalizado de los veraneantes nacionales, al calor del sol y del desarrollismo. El modelo residencial unifamiliar no puede, por tanto, absorber esta demanda y debe revisarse.

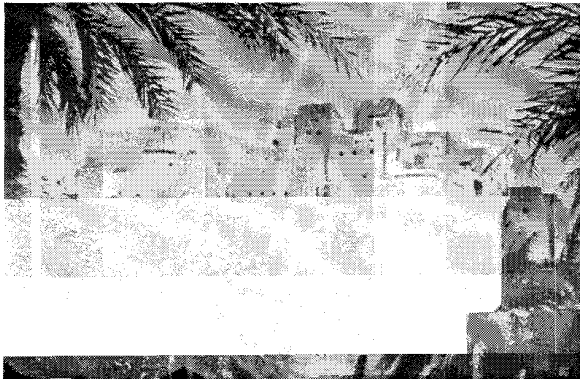
En 1966 —el año en que se promulgan la Ley de Prensa y la Ley Orgánica del Estado— el propio F. Correa publica en la revista *Cuadernos* el artículo «Consideraciones visuales sobre la ciudad jardín», en el primero de los dos números consecutivos que de forma monográfica la redacción de la revista dedica al «Turismo en la costa». En el artículo aborda la crisis del modelo unifamiliar y la decadencia de una ciudad jardín cada vez más caótica y ridícula, mientras defiende, con abundantes ejemplos, soluciones de conjunto: pequeños grupos de apartamentos con espacios comunes, terrazas ajardinadas que permiten el contacto con la naturaleza, entradas directas que mantienen la independencia y privacidad de cada vivienda... Mecanismos con los que intentar paliar la grave situación originada en muy pocos años por el fenómeno turístico, responsable del desorden en el crecimiento, la alteración de los pueblos antiguos de pescadores, la explosión demográfica... analizados en ambos números de la revista desde



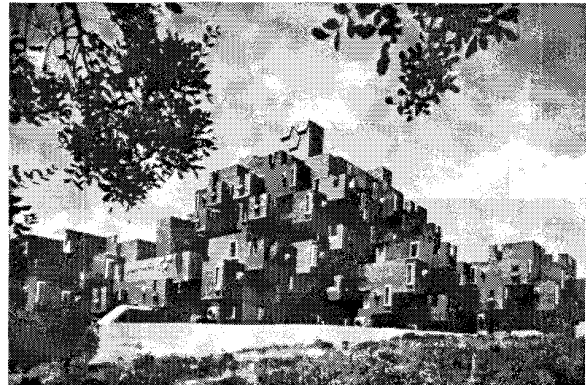
Apartamentos en Torredembarra. Planta baja

la sociología, la economía, la legislación o las motivaciones espaciales.

De cualquier manera la fantasía del refugio, ante las urgencias del mercado, se tiene que agrupar, como ya había previsto Sostres —que en el mismo número de la revista publica el artículo «Paisaje y diseño»— cuando entre 1955 y 1957 proyecta el conjunto de apartamentos en Torredembarra, fruto tanto del concienzudo estudio de los modelos escandinavos como de las agrupaciones que de proyectos propios como la Casa Agustí ensaya en sus blocs de notas. También Coderch trabaja esos mismos años en la urbanización Torre Valentina, un conjunto mucho mayor de viviendas, escalonadas en franjas paralelas a la costa. El proyecto, presentado en Otterlo ante la aprobación del Team X es rechazado por los clientes bajo el pretexto de que «parece un zoco»... En efecto: zocos, medinas, ciudades fortificadas en el desierto, pueblecitos escalonados en la falda de la montaña, agrupaciones en racimo, cautivan la atención de los arquitectos, que durante estos años sueñan con castillos.² Una arquitectura atemporal,



Alcasaba. Vista exterior



Castillo Kafka. Vista exterior

comunitaria y esencial, sirve como punto de partida para la expresión de nuevas formas de habitar y de agruparse, que revisan los principios de la arquitectura moderna, al calor precisamente de la actividad del Team X, o las publicaciones de B. Rudofski y M. Goldfinger —prologado por Kahn. El marco turístico ofrece en Cataluña y también en el resto de España, la posibilidad de experimentar con mucha más libertad que en otros ámbitos como el de la vivienda social o la planificación urbana, al lado de un Mediterráneo libre del uso operativo al que fue sometido, en la primera mitad del siglo, por Le Corbusier, J. L. Sert, o G. Ponti, y que se convierte en la cuna de una ¿ingenua? celebración de la vida cotidiana, al aire libre de la plaza pública, y que matiza el retiro a un refugio al borde del mar que ahora es manifiestamente compartido.

Desde Barcelona, el Taller de Arquitectura, un grupo de arquitectos, filósofos, poetas, pintores y escultores, encabezado por R. Bofill, proyecta el conjunto de apartamentos Los Sargazos, en Castelldefels, entre 1962 y 1964 —citado en el artículo



Apartamentos Santa Águeda. Vista exterior

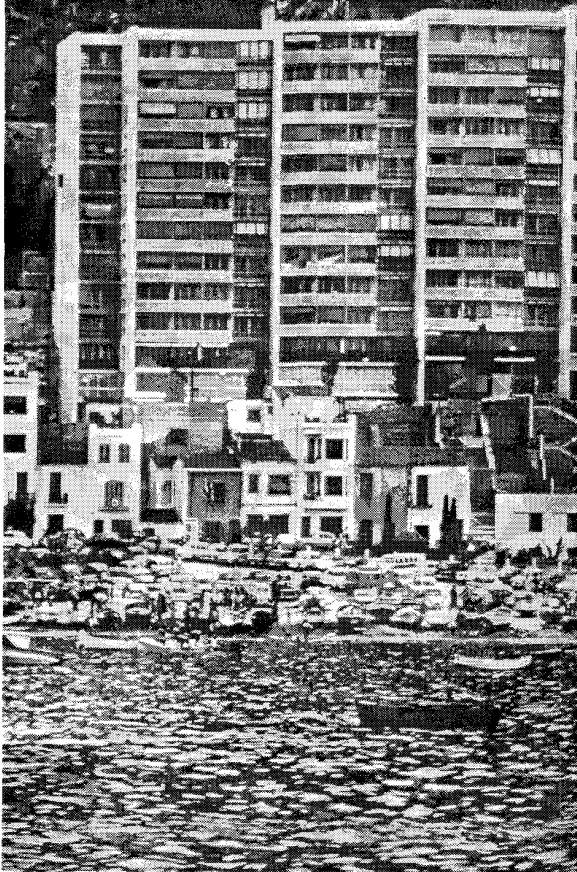


Poblado Binibeca. Vista exterior

de Correa-, o el Castillo Kafka, en Sant Pere de Ribes, entre 1966 y 1968: noventa apartamentos, con sus correspondientes espacios comunes (piscina, bar, sauna, restaurante...), organizados en unos cubos maclados alrededor de los núcleos de comunicación vertical, según una tipología que engloba en un solo ambiente el estar-comedor y el baño-dormitorio, como la tradicional habitación sin función asignada... y como los cubos de la ciudad vieja de Ibiza —la isla en la que arranca en 1960 la carrera del arquitecto, con una pequeña vivienda de vacaciones—, donde los volúmenes se suman sin que un urbanista decida nada, entre el azar y la necesidad, o como una alcasaba que esconde en su interior jardines, terrazas y patios, abordando las mismas cuestiones estudiadas en los plug-in de Archigram o en el Habitat 67, presentado en la Exposición de Montreal por M. Safdie. El proyecto del Castillo se adelanta, asimismo, a las experiencias que seguirá ensayando el Taller no sólo en el marco turístico —La Manzanera o los Apartamentos Xanadú, en Calpe— sino también en la construcción del Walden 7,

en St. Just Desvern, o las propuestas de la Ciudad en el Espacio, en Morlatz, en Madrid.

Auténticos «villages in the sun» empiezan a construirse por todo el litoral. Pequeñas *cities* con suficiente *heart*, donde se concentran todo tipo de servicios, como el conjunto de apartamentos de Santa Águeda, proyectados en Benicàssim entre 1965 y 1967 por el prolífico MBM (Martorell-Bohigas-Mackay), en los que el realismo popular de la imagen exterior —como un *quartiere sulla Via Tiburtina*— esconde una propuesta racional de trescientos apartamentos repartidos en una serie de edificios escalonados, entre los que se sitúan plazas y jardines separados del tráfico rodado que permiten el acceso individual a cada vivienda. O el poblado de Binibeca, en Menorca, de Barba Corsini, una agrupación de ciento sesenta viviendas adosadas, con zona comercial, hotel, club social, embarcadero..., que desarrolla entre 1966 y 1971 el aparejador S. Mercadal; el sueño mediterráneo se conforma con una arquitectura blanda que finalmente no dirige un arquitecto.



Revista CAU núm. 0.

CATALUÑA A GOGÓ³

Sin embargo, cuando el ocio se convierte en un gran negocio tampoco estas agrupaciones pueden responder a la comercialización del sueño, explotado desde las campañas turísticas de los cincuenta que, al son de las alegres canciones del verano, invitan a los turistas extranjeros y nacionales a conocer las bondades mediterráneas, bajo el reclamo de una imagen rural y blanca que ha sido alterada definitivamente: en 1970 España recibe ya veinticinco millones de turistas anuales. En Cataluña, antiguos villorrios —a menudo con la complicidad de unos cuantos lugareños que se enriquecen con la operación— se transforman en centros internacionales donde se acumulan los turistas llegados en vuelo charter: Lloret de Mar, St. Feliu de Guíxols, Salou, Cambrils... Al mismo tiempo el desarrollo económico, la motorización intensiva y la mejora de la red viaria, lenta pero imparable —desde la Autovía de Castelldefels, en la imaginada Ciutat de Repòs, hasta la autopista de Massanet de la Selva— ponen al alcance áreas cada vez más amplias del litoral catalán, donde se multiplican los hoteles, apartamentos, segundas y terceras residencias, comercios, supermercados, dicotecas... promovidos por constructoras totalmente ajenas a las inquietudes culturales de los arquitectos que lideran el debate intelectual, que no disponen de los mecanismos para evitar que los procesos canónicos de urbanización, parcelación y edificación sean sustituidos por la especulación del suelo, la degradación del paisaje y la contaminación indiscriminada del medio. La Ley del Suelo de 1956 puede ser revisada ampliamente por cada ayuntamiento, según el decreto de «Centros y Zonas de inte-

3 Parfraseando la «España a gogó» de Mario Gaviria.

rés turístico» —aprobado en 1963 por el Ministerio de Turismo—, que permite redactar planes de ordenación a la carta, contaminando así la vida municipal de muchos de los antiguos pueblecitos de pescadores. La desatención hacia los aspectos topográficos, tipológicos y sociológicos hormigona el mismo borde de la playa con edificios vulgares y anónimos que, en la mayoría de los casos, son una caricatura de las tipologías urbanas de la ciudad más densa, desarrollada impunemente ante la desidia administrativa.

En 1970 el número 0 de la revista CAU —la publicación del Colegio de Arquitectos Técnicos de Cataluña— dedicado al «Turismo» critica abiertamente esta transformación radical de la costa catalana, basada en el crecimiento imparable de los pueblos turísticos, la modificación de las estructuras existentes con el impacto de las nuevas edificaciones o el aumento descontrolado de las carreteras destinadas a rentabilizar el acceso a las parcelas. En la redacción de la revista, un heterogéneo grupo de profesionales relacionados en mayor o menor medida con el mundo de la arquitectura —M. Vázquez Montalbán, Enric Satué, D. Giralt Miracle, junto a A. Viaplana, o G. Mora— analizan el estúpido caos que es el ambiente turístico y alertan sobre el peligro que corre «la gallina de los huevos de oro», para la que acaban reclamando una planificación seria que sea capaz de atajar los errores recientes. Esta resaca del desarrollismo desatiende las mismas obras, que se publican en pequeñas fichas al final de la revista... y hasta *Cuadernos* convierte sus anuarios en una aséptica encuesta sobre la producción catalana.

La década de los setenta nace con un sabor agri-dulce: el régimen franquista languidece pero al tiempo



Revista CAU núm. 0. Portada



Revista CAU núm. 0

que se presenta el proyecto de Ley de Asociaciones se inicia el Juicio de Burgos y en las calles aumenta la tensión. La incertidumbre generalizada agrava la desorientación disciplinar, aceptada *de facto* por una mayoría profesional silenciosa pero totalmente operativa para los intereses de los factores económicos y productivos, tal y como muestran las imágenes que CAU 0 recoge ¿entre la indignación y la fascinación? de calles atestadas de turistas, atascos en las carreteras, aglomeraciones en las playas, señales de tráfico, carteles y rótulos...

OTROS MEDITERRÁNEOS

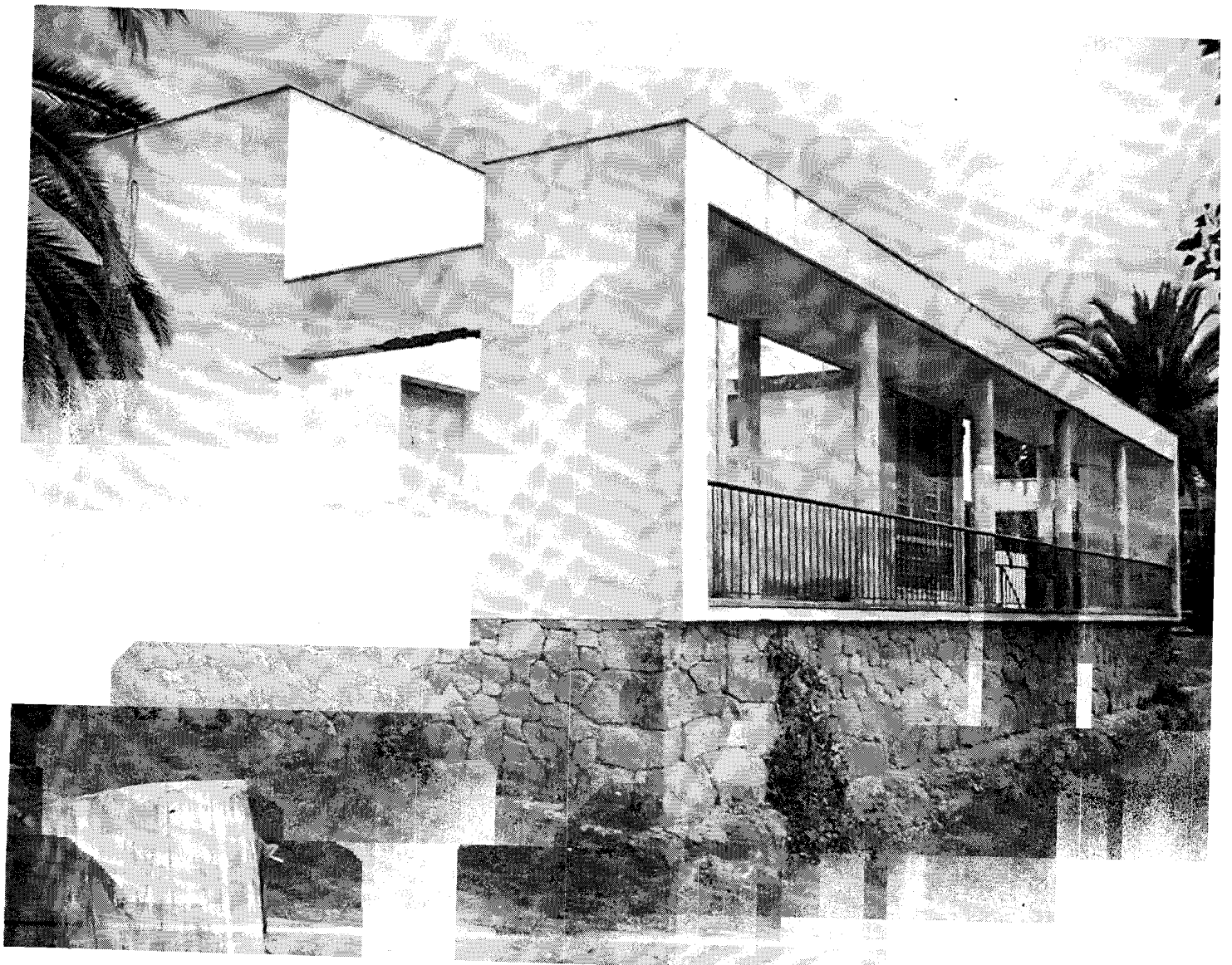
Resumir en unas cuantas páginas el brutal malentendido que sustituye las imágenes sensuales de la Casa Ugalde que Català-Roca construyera en los cincuenta por los reportajes de CAU, es una tarea parcial y forzosamente simplificadora, que admite tantas revisiones como cuestiones quedan fuera de este escrito y que dejo, en cualquier caso, para mejor ocasión: el trabajo de un A. Bonet —capaz de proyectar con acierto en escalas tan dispares como las de La Ricarda, los apartamentos Chipre de Salou o la propuesta de Torre para Roses—; los chalets de J. Prاتمarsó —auténticas *binuclear houses* con cubierta de teja—, la experiencia de R. Torres en el producto «hoteles frente al mar» —un programa mucho más razonable para organizar la habitación estacional en la orilla del Mediterráneo que la multiplicación

de segundas propiedades—; o el oficio de un F. Galí, canalizando la energía turística en El Port de la Selva, son algunas de las omisiones que añadir a las que el propio lector seguro que ya ha detectado y que si tiene tiempo y ganas podría comentar ¿por qué no? en el próximo número de esta misma revista.

Sirva, en cualquier caso, este repaso apresurado como ejemplo de interpretación, provisional pero en marcha, de las decisiones que toman los arquitectos catalanes en los tiempos inciertos del franquismo, cuando ante la irrupción del fenómeno del turismo, sujeto y objeto del desarrollo económico y de la modificación imparable de las costumbres, es necesario tomar nuevas decisiones en una orilla antigua. Una orilla matizada por la singular conciencia mediterránea de una geografía hecha a la medida del hombre, teatro de los grandes episodios de la Historia, cuna por igual de Ulises, Sofía Loren, César Borgia, A. Camus, refugio de Goethe, Byron, Benjamin... tal y como la definió Joan Fuster en su «Diccionari per a ociosos». Millones de ociosos, justamente, son los que ocupan de forma masiva durante estos años el litoral, alimentados por el deseo de una vida al aire libre y al borde del mar, con todos los rumbos posibles esperando en su superficie, bajo la caricia compartida del sol, en un perímetro disperso en el que renace el sueño no ya de ser otro, descalzo, sin horario ni reloj, sino que más bien renace la fantasía de no ser real, difuminados, como la calima, los propios recuerdos y sentidos bajo el ardiente mediodía.



Playa de la Costa Brava. Foto: F. Català-Roca



Fotografía del estado actual de la escuela